mexicana y al referirse al jarabe y al fandango recreó todos los tipos ahí reunidos: chinas, chinacos, léperos, aristócratas, ricos comerciantes, plebeyos, currutacos, petimetres, pisaverdes, burócratas y toda laya y calaña concebible en un pueblo de marcadas clases sociales. Lo que más llamó su atención en Xochimilco fue la comida, el atavío y la música, por lo que en su literatura epistolar anota:

Vimos por primera vez las famosas chinampas, o jardines flotantes, que ahora están fijos y cubiertos con legumbres que se entremezclan con las flores [...] guisantes de olor, de amapolas dobles, agapandos, alhelíes y rosas, no las he visto en ninguna otra parte [sic...] los indios con sus guirnaldas de flores y sus guitarras, sus bailes y canciones oliendo las fragantes brisas [...] gente plebeya que alegremente os pide les compréis flores, frutas o dulces.

Pregonadas mercaderías de coloración extravagante sin límite; música de vihuela, arpa, guitarra y bandolón que indiscreta resonaba entre sus alegres notas: "El jarabe Palomo, el pespunteado, el de punta y talón, el de la Pasadita o la Perica." Todo este medio vivenciado alegremente entre tragos de rasposo "chínguere" que aprontaba el gusto por el sarao. De pronto, la Calderón de la Barca salta a la palestra en resuelta acusación y expresa, sin el análisis crítico de un observador culto, acerca de las letras y coplas del jarabe: "Si hemos de formar un juicio sobre la civilización de un pueblo por sus baladas, ninguna de las canciones mexicanas nos ofrece una elevada idea de la suya."

Con toda seguridad, a la marquesa Calderón de la Barca faltó quien la instruyera sobre el doble sentido y el albur del mexicano. Si esto hubiera aprendido a tiempo, con toda certeza habría podido descifrar el retruécano oral del paisanaje. De la música y el baile del pueblo termina diciendo en plena contradicción: "Los bailes son monótonos, con pasos cortos y mucho desconcierto, pero la música era más bien agradable." ¡Ni modo!, una cosa eran los bailes de muselina,